

## JESUCRISTO

Los saludo en nombre de Dios y de Jesucristo. Benditos sean, amigos míos; bendita sea esta hora. Queridos amigos, he hablado con ustedes por espacio de varios meses, pero no he mencionado aún a Jesucristo, quién es, ni qué ha hecho. En esta fecha del año, cuando se celebra el nacimiento de Cristo, es el momento apropiado para escoger este tema.

La luz de Cristo irradia no sólo en esta esfera terrestre, sino también en los mundos espirituales. Ustedes dirán: "en el mundo espiritual no existe el tiempo", y es cierto. No obstante, aunque es difícil darles explicaciones sobre este período, que se extiende mucho más que en la tierra; cada año, de acuerdo al año humano, digamos, luego de un ciclo regular, esta luz de Cristo retorna con renovada fuerza en recuerdo de la mayor hazaña que se haya cumplido jamás. La luz es tan fuerte y tan penetrante y gloriosa que es inimaginable; ¡tal dicha, tal regocijo y felicidad y tal sabiduría provienen de ella! Porque la sabiduría y la luz son una sola cosa; en lenguaje humano ustedes lo llaman iluminación. En el mundo espiritual la luz y la sabiduría, la luz y el amor son lo mismo. En este período, esta luz desciende hasta las más profundas esferas de lobreguez, y -aun cuando sea en un mínimo grado- a los mundos de la obscuridad. Es posible que haya apenas un rayo, un pequeño resplandor, o sólo un atisbo de luz. No obstante surge este influjo y, ahora cuando los seres que habitan el mundo de la obscuridad enfrentan esta luz, tienen una reacción diferente. Aquellos que se encuentran preparados para avanzar espiritualmente acogerán esta luz y la seguirán. Otros, no habiendo avanzado todavía lo suficiente, huirán de ella porque les produce mucho dolor, al grado de ser insoportable. Por tanto, el ser humano que ha logrado extraer esta luz de su interior -porque es una sola y misma luz- estarán protegidos de las criaturas del mundo de la obscuridad.

Ahora bien, ¿quién es Cristo? Algunas religiones cristianas sostienen que es Dios. Esto no es así, pues Él, Él mismo, ha dicho, como puede leerse en las Sagradas Escrituras, que no es Dios. No es el Padre, el Creador. Hay quienes dicen que Jesús era simplemente un hombre sabio, como algunos otros que ha dado la historia; un erudito, un gran maestro con gran sapiencia, sin que se diferencie de otros que han vivido en otras épocas y en otros países. Esto también es falso. La verdad es, mis amigos, créanlo o no, que Jesús, el hombre, fue la encarnación del Cristo. Y éste Espíritu es el más elevado, el más exaltado de todos los seres creados. Es la primera creación de Dios, directa e ingénita. Su sustancia es la misma sustancia de Dios. Todos ustedes poseen algo de esta sustancia, -lo que llamo el ser superior o la chispa divina- aquéllo que va emergiendo gradualmente, a través del desarrollo espiritual. Pero ninguna otra criatura tiene esta sustancia en la misma medida que Cristo, allí está la diferencia.

Una y otra vez he visto que los seres humanos piensan o sienten: "¿Por qué Él? Si Él es el Hijo de Dios, también nosotros somos hijos de Dios. ¿Por qué ha de ser Él superior, o más exaltado? ¿Por qué? No es justo." Con frecuencia esta forma de pensar y de sentir se esconde en el alma del hombre, aunque no se atreva a expresarlo de manera

consciente, y encierra el germen de la caída de los ángeles. Este pensamiento, esta actitud, apareció mucho antes de la existencia de la tierra material y fue la causa de la aparición de la discordia y del mal. Por cierto que ninguno de los que pensaban así comprendió el peligro que encerraba semejante actitud, ni se dio cuenta de las consecuencias que podía acarrear. Nadie comprendió que en estos, digamos, celos, yacía una falta de fe en Dios y en su capacidad de amar. Pues aunque Dios haya creado en Su primer Hijo al más Excelso de todos los seres y le haya dado casi toda Su sustancia, si confían en el Creador y Le tienen la fe que se merece, no pensarán que esto es injusto o que carecen de algo. Si bien es cierto que hoy en día la gente no piensa estas cosas a profundidad, sin embargo, esa leve manifestación de resistencia hacia Cristo representa en numerosas personas la semilla de la caída y el germen del mal. Así comenzó la Caída.

¿De qué manera salvó Cristo a la humanidad? ¿Dónde estuvo la grandeza de Su gesto? ¿Cuál fue el propósito de Su vida en la tierra, Su única encarnación? El objetivo de Su vida no fue únicamente difundir Sus enseñanzas, pues veraces y hermosas como son, se podrían encontrar en otra parte, tal vez bajo otra forma, pero básicamente iguales. Por consiguiente, éste no fue el único propósito. Su segundo objetivo, aunque no el básico ni el más importante, fue demostrar simbólicamente, en Su vida y Su muerte, cuál habría de ser el curso del desarrollo o las etapas del mismo, para cada hombre, para todo aquél que aspire a recuperar el reino de los cielos. Las pruebas, las tribulaciones, la permanencia de la fe en Dios en la adversidad, el crucificar al ego con toda su vanidad y su obstinación, todo ello quedó simbolizado en el cuerpo de Jesús. La resurrección de Su espíritu representa la vida eterna de dicha y felicidad del ser espiritual una vez que el ego ha sido crucificado, y esto sólo acontece mediante el dolor. Pero ni siquiera esta parte de Su tarea, como ya dije, fue la principal y la más importante. Los dos propósitos aquí mencionados pueden considerarse como colaterales o acompañantes de la meta que Él se proponía. En fecha futura y con mayores detalles explicaré cómo Su principal tarea significaba la salvación, ¡pues Él era el Mesías!

Ahora quiero decirles que si Él hubiera fracasado, otro espíritu hubiera hecho el intento, porque no existía de antemano la seguridad de que Él cumpliera con la Tarea, aunque Suya era la elección natural y la conclusión lógica. Alguien *tenía* que venir a la tierra y padecer solo todos estos sufrimientos, desechando a veces toda protección divina y resistiendo, por Su propia voluntad, todo el mal y todas las tentaciones. Sólo así podían permanecer inquebrantadas las leyes espirituales, para que de manera justa cada individuo, enfrentado a las mismas fuerzas del mal, pudiera hallar el camino hacia Dios. Dios es el poder y, dotado de este poder, Él podría haber hecho cualquier cosa, hasta la infracción de Sus propias leyes. Pero ello habría determinado que numerosas criaturas que no estaban preparadas para encontrar el camino de regreso en el momento de esta decisión por parte de Dios, habrían quedado separadas para siempre de Él y de una vida eterna de dicha. Y cualquiera de ustedes podría haberse hallado entre éstos. Tan sólo el vasto y minucioso Plan de Salvación hace posible que todos, hasta la última de las criaturas caídas, puedan en algún momento encontrar el camino que los lleve de nuevo a Dios. Podrá ser difícil comprender esto ahora, pero en el futuro lo explicaré con mayores detalles. Por el momento, basta con que tengan una idea de lo grave y seria que era la Tarea. Pues sólo así se hará imposible que la gente diga que Dios es injusto o que Dios ha utilizado Su propio poderío para romper Sus propias leyes. Naturalmente, Su poder tiene que ser el máximo. Nadie podrá decir que Dios se ha servido de él para violar Su don de libre albedrío otorgado a todos y cada uno de los individuos. Únicamente el

cumplimiento de tal Tarea pudo hacer posible todo esto. Por tanto, no se rompe ningún libre albedrío ni se usa en vano ningún poder. Jesucristo ha demostrado esto de manera completa.

Por supuesto, puede surgir la pregunta: "¿Podemos hallar y alcanzar a Dios? ¿Sólo podemos lograr la perfección a través de Jesucristo?" La respuesta es sí y no, amigos. Es uno de esos casos aparentemente paradójicos en los cuales ambas respuestas son correctas. Intentaré explicarlo: pueden alcanzar cierto grado de desarrollo en cada una de las grandes religiones, aún las no cristianas, que permiten obtener la experiencia de la verdad absoluta. Y ningún espíritu del mundo de Dios les dirá jamás que abandonen su iglesia, su templo o su fe. Si has encontrado lo que buscas y necesitas de felicidad, de alimento espiritual dentro de la fe que profesas, quédate allí. En todas las grandes religiones, como ya lo he expresado, están contenidas en medida suficiente las verdades básicas, fundamentales, y lo que ustedes requieren para su desarrollo espiritual. En sus manos está descubrir cuáles son las verdades que necesitan para su desarrollo personal y ponerlas en práctica. Cuando hablo de satisfacción en su fe, no me refiero a la satisfacción de la conciencia superficial, esto no basta. Pero si al seguir las enseñanzas de su religión, aprenden y hacen realidad lo que es verdaderamente importante, es decir, el conocimiento interno, la auto-purificación, la absoluta honestidad contigo mismo, la religión a la que estás afiliado o que has escogido satisfecerá tu espíritu. La purificación y crucifixión del ser inferior es lo más importante de todo. Los elementos para hallar la ayuda, la orientación y la inspiración necesarias para lograr los objetivos antes mencionados son de segundo orden, aunque por diversas razones no se pueda encontrar a Cristo en alguna filiación religiosa determinada. La auto-purificación por sí sola elevará la conciencia a tal nivel que estarán abiertos a la verdad en lo que se refiere a la participación de Cristo en la historia de la Creación, o para el caso, en cualquier otra cosa. En este sentido, por consiguiente, a la pregunta de que si es indispensable reconocer a Jesucristo ahora mismo y si únicamente por su mediación se puede llegar a Dios, la respuesta es "no". La percepción de la verdad absoluta en cuanto a cualquier cuestión, en otras palabras, sobreviene únicamente como resultado del proceso de la auto-purificación, aunque el reconocimiento de algunos factores surja en esta vida o posteriormente. (Desafortunadamente pocas personas están actuando de este modo).

Quien pase por este proceso de auto-purificación, difícil como es, preparará el terreno para poder recibir y experimentar la verdad absoluta en todos sus aspectos, ya sea que esto suceda en parte durante la encarnación o, debido a determinadas circunstancias, después de ella. Pero es necesario preparar el terreno y esto significa la perfección por medio de la purificación. Por ejemplo, mientras exista cierta terquedad en el alma, en cualquier sentido, la experiencia o percepción de la verdad absoluta es imposible. Pues esta terquedad y voluntarismo constituyen precisamente las características que estorban para elevar la conciencia, ya que cada imperfección es un obstáculo. Nunca seré lo suficientemente enfático en afirmar que sólo aquél que crucifica su ser inferior está listo para la verdad auténtica con respecto a cualquier cosa que se relacione con la Creación y lo Divino. El hecho de que Cristo es el Mesías y es el más excelso de todos los Seres Creados, es una parte muy importante de la Gran Verdad y la Historia de la Creación. La Gran Verdad no se falsea porque tú seas capaz y estés dispuesto a reconocerla. No significa, queridos amigos, que deban rezarle a Cristo. Sólo Dios, el Creador, deberá recibir nuestras oraciones. Lo que Dios espera de ustedes y que constituye una parte de la perfección y el desarrollo, -a partir de cierto grado, cuando menos- es la GRATITUD hacia la persona sin cuya hazaña nadie hubiera podido regresar a la luz divina, sin cuyo

gesto se hubiera interrumpido la corriente que lleva a Dios a todas las criaturas que no estaban listas en el momento en que Dios lo decidiera. Llegado el momento, aún cuando algunos de ustedes no estén listos para ello, y aún cuando queden todavía cosas por hacer, al sentirse inundados por la gratitud hacia la Excelsa Hazaña, sin la cual estaríamos perdidos, entonces les será posible darla a Aquél a quien corresponde. Esa es la voluntad de Dios. No deben desatender a Cristo tan fácilmente. Hay que pensar en todo esto, aunque "oficialmente" no reconozcan a la religión cristiana. Así como todas las religiones encierran suficiente verdad para hacer posible la purificación, paralelamente, todas las religiones contienen errores. Es importante, pues, atender tan sólo a los requerimientos de su espíritu, a aquéllo que añora su ser superior. Lo demás vendrá por añadidura. Ello no modifica, no obstante, la necesidad de abrir sus corazones y no descartar del todo a la persona a quien más le deben después de Dios. Ojalá me hayan comprendido y espero que mis palabras no sean mal interpretadas.

La separación entre el judaísmo y el cristianismo no debió ocurrir. Nunca estuvo dentro de los propósitos de Dios y del mundo espiritual. Si sucedió, fue por culpa del hombre. Ustedes han elaborado esos nombres y etiquetas a los cuales dan implicaciones especiales. Para nosotros el judaísmo y la cristiandad, esto y lo otro, no significan nada. Cuando Cristo nació como Jesús en un momento determinado y entre cierta gente, había razones de peso para ello, y el fin era la expansión, el crecimiento de una sola verdad. Nunca debía haber sobrevenido el cisma. Éste es el caos; y está en la naturaleza de la caída de los ángeles o en sus resultados, con todo su odio y sus miserias. El cisma es la separación de Dios, y ésta tragedia inicial que aconteció mucho antes de que existiera la Tierra, se repite una y otra vez en el curso del tiempo, hasta que este flagelo sea erradicado algún día. La unión con Dios, que es nuestro objetivo y nuestra meta, es lo contrario del cisma y la separación. Si esta escisión entre el judaísmo y la cristiandad ocurrió después de la vida de Jesús, de nuevo es por culpa del hombre, nacida de la misma mala raíz de la división. Debíó existir una unidad entre el judaísmo y la cristiandad, una integridad, y una totalidad. Por lo tanto, si Cristo representa una porción tan importante del regreso a Dios y merece, en consecuencia, su gratitud personal y algún acercamiento; en última instancia, sin Él no hay posibilidad de llegar hasta Dios. Él es, en verdad, el mejor amigo que pueden encontrar, y su ayudante más importante. A este respecto, la respuesta a la pregunta de que si sólo por intermedio de Él se puede llegar a Dios, es: sí. La constante negación de estos hechos significaría una terquedad de su corazón, lo cual es síntoma de imperfección; y mientras viva dentro de ustedes alguna imperfección, no puede haber unión con Dios.

Y ahora, amigos míos, deseo manifestar algo a cada uno de Ustedes: Hagan el esfuerzo, sea cual fuere la religión que profesen, por abrir sus corazones y sus mentes. ¡Sean amplios! No abandonen la fe a la cual están acostumbrados, pues ello no es necesario, a menos que deseen hacerlo. Pero consideren que les he dicho la verdad, aún cuando no crean que es un espíritu del mundo espiritual quien les habla, con el conocimiento y la intuición de que éstos son hechos, y no meras opiniones, como las que se suelen sustentar en la Tierra en relación con estos temas.

Puede que tengan dudas -probablemente la mayoría de ustedes las tengan- pero consideren que, después de todo, puede que sea cierto. Lo que han oído decir a sus padres y antepasados o a las personas que les merecen confianza y que han ejercido influencia en sus vidas, puede no ser del todo cierto. Seguramente, han expresado algunas verdades, porque la verdad existe dondequiera, pero ningún grupo de toda la

humanidad tiene el monopolio de la verdad. Y ustedes, como personas que buscan la verdad, deben abrirle las puertas, venga de donde venga. No sean tercos. No crean que esto significa "rendirse", o que denote "falta de carácter", amigos míos. ¡Qué falta de madurez encierra este concepto! No se trata de eso. La pregunta es, como siempre: *¿Qué es lo Verdadero?* Dios es la verdad, así como la sabiduría y el amor. Al rechazar la verdad por una noción absurda, obstinada e infantil, están negando a Dios, por lo menos en un aspecto de su personalidad. Esta es la única pregunta valedera. Cualquiera otra será sólo una porción del ser inferior del hombre, aunque aparezca envuelta en motivos aparentemente altisonantes.

Copyright © por la Pathwork Foundation